

HAY FESTIVAL
II Encuentro Talento Editorial
Xalapa. 2-5 de octubre 2014.

EL MALPENSANTE: DIEZ AÑOS DESPUÉS

Por Mario Jursich Durán

Cuando pienso en los orígenes de *El Malpensante*, las fechas siempre me resultan imprecisas. Digamos entonces que su germen, la semilla de la cual brotó el árbol, fue plantado un día de 1995. Por comodidad voy a decir que fue un domingo, tal vez de octubre, a lo mejor de agosto. Insisto en que las fechas son arbitrarias y se pierden en el maremágnum de los recuerdos. El caso es que un día de 1995 Andrés Hoyos me propuso que hiciéramos *El Malpensante* y yo, que siempre he sido revistícola, que siempre fui un gran lector de *Vuelta*, la revista de Octavio Paz, de la *Gaceta* del Fondo de Cultura Económica en la época de Jaime García Terrés, del *New Yorker*, de *Rolling Stone* y de *Harper's*, acepté con entusiasmo. Empezamos a reunirnos los domingos y a poner en blanco sobre negro todas las ideas que teníamos acerca de lo que debía ser la revista. Poco a poco fuimos dándole forma, de las servilletas pasamos al computador y de allí a unas “consideraciones básicas” que debían regir el espíritu del *Malpensante*.

Hoy en día, cuando miro esa lista, me sorprende advertir lo poquísimo que hemos cambiado. Naturalmente, una revista que pronto cumplirá diez años de existencia tiene que haber sufrido cambios, y *El Malpensante* no es la excepción. Para dar pocos ejemplos, hemos cambiado de paginaje, de cabezote, de diseño interior y de frecuencia. En la revista hubo secciones como “Carbono 14” que tuvieron particular auge y que de pronto, sin que mediara una decisión al respecto, ahora publicamos de forma mucho más espaciada. Otro tanto podría decir de las reseñas de libros, de discos, de cine... en fin. A lo que me refiero es a una cosa distinta: en estos diez años hemos intentado que *El Malpensante* sea una publicación de carácter, una publicación fuerte, una revista cuya personalidad y estilo resulten inconfundibles para los lectores. Hasta dónde hemos logrado el objetivo no es algo que me corresponda juzgar; no obstante, me gustaría dejar en claro que a la consecución de esa meta hemos dedicado un considerable y

sostenido esfuerzo. Al fin y al cabo, una publicación de calidad se distingue por eso, porque a los lectores les queda claro, desde un principio, qué puertas se abren, qué puertas se cierran y cuáles quedan a medio abrir o entornadas. En este sentido, yo percibo una línea de continuidad entre el ideario que nos impusimos en el 96 y el que nos sigue rigiendo en este 2006.

Tal vez convenga ambientar un poco la palabra que después de mucho discurrir colocamos en el cabezote de nuestra revista, entre otras cosas porque allí confluye una parte crucial de nuestro temperamento. Por supuesto que el nombre “malpensante” se lo debemos en primera instancia al título de un libro de aforismos de Gesualdo Bufalino que yo traduje para editorial Norma en 1994. Pero hay más. No es ningún secreto que esta palabra se forma como contrario de “bienpensante”, apelativo que por lo general designa a aquellos que no quieren ruido y que se apegan a una visión cándida y ancestralmente jerarquizada de las cosas: el mundo está bien hecho, no hay problemas que no se resuelvan con un poco más de policía, las ideas que valen son las heredadas de los mayores, viva la patria así nos mate. Nuestra respuesta contundente sería: ninguna de las anteriores.

Siendo, pues, una revista inconforme, nos acogemos gustosos al famoso y más que cincuentenario lema que la emisora HJCK de Bogotá tomó de Juan Ramón Jiménez: no somos una revista para la mayoría, buscamos nuestros lectores en medio de esa “inmensa” y ojalá creciente minoría que hoy por hoy en Colombia ha de estar conformada por unos cuantos cientos de miles de personas. Desde ese 31 de octubre de 1996, hemos dirigido la revista a ellos, pretendiendo ampliar el espectro con la mucha gente que se encuentra en la frontera; esto es, con la gente que tiene el interés y la curiosidad, pero quizá no ha encontrado el medio en donde satisfacerlos.

Dicho de otra forma, *El Malpensante* no se hizo porque sus responsables tuviéramos la intuición de que había un público preexistente al cual le hiciera falta una revista como la nuestra; se hizo porque teníamos la convicción de que había que crear ese público.

Desde el número inicial hemos explorado muchos campos, pero en la trastienda de ese caos aparente, de ese estilo tuttifruti, siempre ha existido un conjunto de principios que constantemente sometemos a revisión y escrutinio. Aquí los he reunido en diez puntos, un decálogo que no es tal y en el que, por supuesto, faltan muchas consideraciones, muchos detalles, muchos ejemplos de contraste. Sobra decir que hasta en su redacción esos diez ítems exhiben las huellas de lo que tiempo atrás tuvo como soporte las servilletas de un restaurante. Puede

que haya cambiado el énfasis, pero la sustancia sigue siendo la misma.

Así pues, en estos diez años nuestra revista ha querido ser:

1) *Literaria, pero no académica*. Esto significa que se fundamenta en el texto escrito de manera refinada, inteligente y perspicaz, y aunque por ello tiene un objeto paralelo al que estudia la academia, no suscribe la visión rígida de las letras que abunda en ese mundo casi como un mecanismo de defensa tribal. De igual modo, y porque lo consideramos un rasgo de honestidad, *El Malpensante* rechaza las jergas de moda, el lenguaje ampuloso, la palabrería hueca y sin sentido. En su lugar, les pedimos a nuestros autores un castellano claro e informado; una prosa tersa y vivaz, que nunca se refugie en esa especie de esperanto internacional de la escritura que ahora campea en todos lados. La claridad —para decirlo de alguna manera— es nuestra cortesía con los lectores.

2) *Extra o supra periodística*. Es decir que prefiere aquellos textos, inclusive de actualidad, que a juicio de sus editores no dependan de la moda o de la coyuntura presente y que puedan leerse *casi* con el mismo interés uno o dos años después de publicados. Esta permanencia, que es una de las virtudes misteriosas de la buena literatura, es una aspiración indeclinable. No nos ceñimos, por lo tanto, a los dictados de longitud y actualidad que son de uso entre las revistas periodísticas, y pecamos a conciencia de un cierto *anacronismo*, entendido como la atención que uno presta a aquello que tuvo protagonismo crucial en otros tiempos.

3) *Afecta a las resonancias y correspondencias*. O sea que desde una óptica literaria, en particular desde la óptica del ensayo, echamos frecuentes vistazos a los campos aledaños del quehacer intelectual: el arte plástico, la música, la filosofía, el cine, el teatro, la historia, la ciencia, incluso la reflexión política. Para nosotros la literatura no es de ninguna forma un arte autorreferencial, que sólo habla de sí mismo y para sí mismo. Mucho más que un campo, es un enfoque y una perspectiva para examinar la complejidad del mundo. De ahí que, aparte de cuentos, ensayos *à la page* y poesía, también publiquemos textos que un lector tradicional no consideraría “literarios”.

4) *Ilustrada*. Aunque ojalá podamos serlo en el doble sentido de la palabra, aquí me refiero al diseño. En este campo recurrimos a todos los recursos que están a nuestro alcance, siempre y cuando la presentación no sobrepuje y apabulle al texto. Al contrario, la ilustración de *El Malpensante* pretende ser como la arquitectura de un buen museo o de una buena galería de arte: altiva y elegante en su envoltura exterior, ocasionalmente sorprendente y audaz en los grandes marcos de su espacio interior, pero tranquila y siempre diseñada para que el lector se pueda

concentrar en lo que importa.

5) *No ideológica*. Es decir, no concebida como el vehículo para difundir una doctrina o las opiniones excluyentes de una cofradía. Por el contrario, *El Malpensante* es una zona de tensión intelectual, un foro donde se trata de discutir con amplitud de miras y conocimiento de causa. En la revista consideramos indispensable publicar pensamientos contrarios a los nuestros, siempre y cuando se digan “con un mínimo de dignidad intelectual y otro mínimo de corrección literaria”. Esa frase, que Hernando Valencia Goelkel utilizó para explicar una cosa distinta, justifica muy bien por qué nuestro subtítulo es “Lecturas paradójicas”.

6) *Divertida*. El humor, de preferencia negro y un tanto escéptico, ocupa en *El Malpensante* el mismo lugar destacado que ocupa en la mejor literatura, donde ejerce una importante función de relevo anímico. ¿Por qué una revista literaria habría de ser solemne si la literatura nunca lo ha sido? ¿Por qué la risa, el humor y el relajo serían virtudes intelectuales inferiores? Sin humor, sin risa, sin relajo, ninguna publicación cautiva el corazón de los lectores.

7) *Afirmativa y polémica*. Nos seducen los textos que arriesgan afirmaciones y que proponen un origen y una articulación para los problemas que tratan, en vez de aquellos que se quedan en el regodeo de la erudición indecisa. De otro lado, no creemos en la unanimidad; creemos en la altura literaria y conceptual de las confrontaciones, y en la medida en que no tenemos una visión de mundo uniforme, buscamos la polémica, a veces incluso la polémica acre y pugnaz. Nos acogemos, eso sí, al sagrado derecho a la contradicción —inclusive a incurrir en ella— que no se le niega a nadie.

8) *Innovadora*. Aun cuando no tenemos nada contra los escritores e intelectuales que por mérito literario han llegado a la cima, y siempre publicaremos gustosos lo bueno que ellos nos ofrezcan, *El Malpensante* considera una obligación ética descubrir nuevos talentos y rescatar escritores olvidados. De otro lado, la práctica, típica en Colombia y en América Latina, según la cual es un honor ser publicado y por lo tanto se debe pagar lo menos posible las colaboraciones, nos resulta simple y llanamente inmoral. En la medida de nuestras posibilidades damos una remuneración adecuada a nuestros colaboradores externos, lo que a su vez nos permite exigirles ciertos estándares de calidad que no se estilan en otras publicaciones.

9) *Cumplida*. Si bien la periodicidad ideal de una revista como *El Malpensante* es una edición al mes, once al año, por razones de evidente prudencia económica empezamos circulando bimestralmente y ahora lo hacemos cada 45

días, frecuencia que doña María Moliner llama “sesquimensual” y que para nosotros es un punto medio entre nuestras ganas de ser mensuales y lo que económicamente se puede. Dado que el público es escéptico, y con razón, ante las revistas de cultura, hemos procurado fomentar entre nuestro equipo los principios de la buena administración y el servicio al cliente. En este sentido, *El Malpensante* no renuncia a las positivas enseñanzas que ofrece el mundo de los negocios. Nos parece que hay en él mucho para aprender y transplantar a las publicaciones culturales.

10) *Cosmopolita*. Lo cual quiere decir, palabras más palabras menos, que rechazamos el espíritu provinciano, sobre todo al considerar el inmenso protagonismo que éste ha tenido en un país de magra cultura como es Colombia. Aunque confundir lo que acontece en la intimidad del yo con lo indicado para la totalidad del género humano no es más que una alucinación, mucho menos puede uno entregarse al fervor a ultranza por lo autóctono: una alucinación contraria que desconoce la existencia del mundo exterior. Por ello, en *El Malpensante* prestamos una cuidadosa atención a lo que pasa en el ámbito de la lengua española y al mismo tiempo extendemos esa curiosidad a lo que acontece más allá de sus fronteras, traduciendo tantos textos como nos sea posible. En eso el legado de *Mito*, la extraordinaria revista que hace cincuenta años dirigió Jorge Gaitán Durán, es invaluable, y lo agradecemos, pues en el gremio de los malpensantes la gratitud todavía es virtud de buen recibo.

Para terminar, se me ocurre que en este *métier* la única verdad de a puño es que no existen fórmulas para hacer una revista ágil, atractiva, versátil, bien escrita, puntual y seductora. Esas fórmulas tenemos que inventarlas. Y, además, tener en cuenta que lo que funciona para unos tal vez no funciona para otros. Hacer una revista siempre es difícil, y a esa dificultad primera se superponen las dificultades segundas del adverso hábitat cultural de Colombia. Con todo, no me gustaría que extrajeran de aquí una conclusión pesimista. Un escepticismo sonriente es una buena luz para iluminar el mundo, siempre y cuando no olvidemos que puede conducirnos al entumecimiento. Como para tantas cosas, para hacer revistas también necesitamos un optimismo de ojos abiertos.